



Curia Generalizia della Compagnia di Gesù
Borgo S. Spirito, 4
C.P. 6139 / 00195 ROMA-PRATI (Italia)
Tel . 06/689.771 – Fax 06/686.8214

La Eucaristía

2006/05

A TODOS LOS SUPERIORES MAYORES

Querido Padre: P.C.

Después del año de la Eucaristía y del Sínodo consagrado a este misterio de nuestra fe, es oportuno recordar lo que Ignacio y sus primeros compañeros nos han dejado como mensaje y como misión, viviendo de esta "grandísima señal de su amor" (EE 289). A pesar de las incomprendiones y resistencias a lo que se presentaba como una peligrosa novedad, Ignacio y sus compañeros emprendieron la promoción de la comunión frecuente y aun diaria. Basándose en la experiencia eclesial de la primera comunidad de Jerusalén, estaban convencidos de que no recibir el pan cotidiano de la mano de Dios era un signo tangible de enfriamiento de la fe. Para ellos, la finalidad de la comunión frecuente no era en manera alguna una simple multiplicación cuantitativa, sino, como las "repeticiones" en los Ejercicios Espirituales, una profundización y personalización creciente. Pedro Fabro expresa bien su sentido. El 29 de agosto de 1542 escribe:

"Nuestro Señor quiere entrar en nosotros y llevarnos a la conversión del corazón a fin de que, al seguirle, nosotros entremos cada día más en lo más profundo e íntimo de nuestras almas." La participación frecuente en Cristo debe renovar en nosotros "el ser mismo, la vida y la actividad, para que mi manera de ser con él y con los demás sea nueva, nueva también mi manera de vivir, nueva mi manera de comportarme en todas mis acciones. Así, cada día, él me irá cambiando a mejor" (03.10.1542). Fabro subraya así claramente el sentido apostólico de la comunión diaria: "si Cristo se me comunica cada día cuando celebro, si está dispuesto a comunicármese de todas las maneras, en las oraciones y en las obras hechas por él, también yo debo comunicarme y entregarme a él de todas las maneras y no solamente a él sino a todos por él, buenos o malos, conversando, predicando y haciendo el bien, trabajando y molestándome por ellos, abriéndome todo entero a todos para consolarlos en la medida en que les pueda ayudar y dando a todos cuanto soy y cuanto tengo" (14.02.1543).

Acoger cada día el don de Cristo

Esta confesión de Pedro Fabro, que nos dice cómo la Eucaristía diaria es la fuente de nuestra vocación y misión, no ha perdido nada de su actualidad. La Congregación General 32 prescribió la participación en la Eucaristía todos los días, pero este sacramento del más puro amor no debería tener necesidad de prescripción ni obligación, porque se trata de una expresión de amor, primera característica de

nuestra vida como compañeros de Jesús. Lo repiten las Normas Complementarias: "Toda comunidad de la Compañía es una comunidad de fe que se reúne con otros creyentes para celebrar la fe común. La participación en la misma mesa del Cuerpo y Sangre de Cristo es el medio mejor para formar un cuerpo dedicado a la misión de Cristo en el mundo de hoy. Todos, pues, (...) participen diariamente en la Eucaristía, como el centro de su vida religiosa y apostólica" (NC 227). Si un jesuita descuida habitualmente la Eucaristía o no ve el sentido espiritual que tiene organizar su horario para que Dios en su amor sea el primer servido, ese jesuita y sus superiores deberían cuestionarse sobre la autenticidad de su vida de compañero de Jesús, es decir, de uno que, según la etimología de la palabra, "comparte el pan" con su Señor, y sacar las consecuencias prácticas, aunque sean penosas. Corresponde a los superiores velar para que la celebración eucarística esté asegurada todos los días, particularmente para los no sacerdotes. Toca a cada uno de nosotros percatarnos de que no se trata de una formalidad ritual o cultural rutinaria, sino de la recepción de la vida de Cristo, que, como escribe Pedro Fabro, "me encierra todo entero con él dentro de mí mismo, a fin de que yo habite con él y trabaje con él..." (03.10.1542).

Ayudarse de las cosas y de los ritos

En la celebración eucarística, Ignacio y sus primeros compañeros creían profundamente que esta "grandísima señal de su amor" (EE 289) compromete a toda la persona, cuerpo y alma. La espiritualidad encarnada de Ignacio, en los Ejercicios Espirituales ya da toda su importancia a la actitud del cuerpo, al alimento y al clima, igual que a la respiración y la imaginación, para llegar a la unión con el Señor en la contemplación. Nada sorprendente, por tanto, si la verdadera mística eucarística de Ignacio, revelada en su diario espiritual, se apoya en el mundo material de la Iglesia: los ritos y los gestos, las palabras y los objetos litúrgicos. Sin mostrarse ritualista ni formalista, Ignacio gusta cada día el cáliz del Señor, que le da la fuerza de amar y servir en todas las cosas, sirviéndose del calendario litúrgico y de las rúbricas de la Iglesia. Tanto el "Memorial" de Fabro como el diario espiritual de Ignacio nos invitan a no descuidar, mucho menos despreciar, cuanto contribuya material y humildemente al arte de celebrar la Eucaristía "digne, attente et devote" en vista de la unión personal y viva en el movimiento del Señor al dar su vida por muchos.

La Eucaristía y la vida comunitaria

El lenguaje simbólico de la Eucaristía no denota, por otra parte, una actividad privada, y nadie puede considerarse dueño de la liturgia de la Iglesia. La Iglesia del Vaticano II ha subrayado su carácter fundamentalmente comunitario, su auténtica comunión en el Espíritu Santo con el proyecto del Señor. La Iglesia es la que celebra la Eucaristía: es, por así decirlo, la respiración de la comunidad. Arrastradas por este movimiento eclesial, nuestras comunidades sienten la necesidad de expresarse en una plegaria común y de confiar su plena existencia a la liturgia eucarística. La vida comunitaria tiene necesidad de estar mantenida por este alimento so pena de encontrarse rápidamente anémica. Sólo así podrán nuestras comunidades, marcadas a menudo por una desconcertante diversidad de caracteres y orígenes, testimoniar en un mundo desgarrado por los odios y las divisiones que lo que es imposible al hombre resulta posible si se hace memoria de Jesús y se comparte la fundación constantemente renovada de la Iglesia.

Los jesuitas y la liturgia

Hay a veces el temor, aun hoy, de que la oración en común no es fiel al espíritu auténtico de los primeros jesuitas. Es verdad que, para cumplir la misión apostólica recibida del Señor, San Ignacio renunció radicalmente a la vida litúrgica que se celebraba en los monasterios y basílicas de su tiempo. Por razones apostólicas, los jesuitas debían contentarse con el rezo recortado y privado de las horas y abstenerse de la participación en ceremonias solemnes y procesiones. Pero reconocían que hay que alabar (EE 355) la vida litúrgica y las devociones del pueblo de Dios, aun cuando ellos mismos no pudieran participar en los mismos más que de una manera sobria y adaptada al cumplimiento de su misión –lo que no restaba nada a la intensidad de su vida eucarística–. No es, pues, sorprendente que los jesuitas hayan contribuido al conocimiento y renovación de las liturgias de Oriente y Occidente y de la música sagrada que las acompaña, así como a la inculturación indispensable, en la línea de las perspectivas del Vaticano II a veces todavía sin explotar. Afortunadamente los liturgistas de la Compañía se reúnen para ponerse de acuerdo sobre el servicio que deben rendir a la Iglesia. Pero también habría que iniciar desde el noviciado a escolares y hermanos coadjutores en la vida litúrgica de la Iglesia. Esperar hasta unos meses antes de que sean guías del pueblo de Dios para iniciar a los escolares en la celebración eucarística y la oración de las horas, es pedir lo imposible. Se trata de mucho más que la organización de una ceremonia reglamentada en todos sus detalles. La Eucaristía es vida, una fuente de vida de la que la Iglesia saca el sentido de su existencia y su dinamismo, dejando que el Señor actúe a través de ella y a través nuestro.

De la Eucaristía a la vida concreta

El diario espiritual de Ignacio nos hace descubrir una sinergia entre la celebración litúrgica y la vida de la Compañía. Ignacio tiene un problema grave que resolver: ¿cómo asegurar al mismo tiempo la gratuidad del apostolado y los recursos indispensables para hacer posible esta actividad apostólica? Ignacio no reflexiona sobre este problema durante la celebración eucarística; pero es este misterio del amor más grande el que determina enseguida la solución del problema. El diario de Ignacio atestigua la estrecha relación que une el culto eucarístico y la existencia concreta del creyente. Ya en la Iglesia de los apóstoles la Eucaristía no sólo cimentaba la unión de los corazones sino también el compartir de sus bienes, en lo que así se convirtió la comunidad de los discípulos. La presencia real del Señor invade nuestro presente y esta presencia se hace también, para que sea auténtica en el Señor, presencia en el otro. El Señor no se contenta con la instauración de un modo nuevo de presencia, el modo sacramental: nos ha dado el sentido existencial del acto sacramental en la dimensión social de la Eucaristía – la caridad y el servicio del lavatorio de los pies – a la espera del banquete final. Así toda Eucaristía nos remite hacia la expresión concreta, en la existencia ordinaria, de lo que el mismo Señor ha vivido entre nosotros: el amor de Dios que nos da el amor entre nosotros. En este sentido la Eucaristía es contestataria, trastornando nuestros hábitos y nuestra tendencia a ver las injusticias como inevitables o explicables, e impulsándonos a creer en la fuerza del amor, que es capaz de levantar como un fermento la masa de este mundo. La liturgia no nos trasporta a un mundo de ensueño en contraste con la dura realidad de la vida. El encuentro eucarístico en el modo sacramental y en la forma cultural nos envía al mundo, donde la Eucaristía se desarrollará en servicio fraternal. ¿Cómo podríamos descartar un culto así, única fuente de una existencia en el amor y la justicia, tal como la ha vivido Jesús? Es él, ahora Resucitado, el que viene a tomarnos eucarísticamente en él para la vida verdadera del mundo.

También la Compañía de Jesús ha conocido la tentación de separar culto y existencia, liturgia y compromiso. Sin embargo, el Señor ha unido para siempre con su muerte en cruz estas realidades para la Pascua del mundo. El culto no puede reducirse a una celebración simbólica totalmente desencarnada: la presencia del Resucitado es real en medio de su Iglesia, pan de Vida que suscita por amor la preocupación del pan de cada día para todos. Por otra parte, la existencia cristiana no puede reducirse a un servicio puramente profesional, aunque generoso. Un servicio que no saque su fuerza del sacrificio de Cristo, presente en el pan partido y la sangre derramada, no puede dar vida al mundo. Esta vida no nos viene sino en el misterio de la muerte en cruz que la Cena hace presente y de la que hace memoria la Eucaristía. Sólo si vivimos en nuestra vida de cristianos lo que creemos y celebramos en la Eucaristía, por una cultura de vida y de amor, se transformarán paciente pero realmente las culturas de odio y de muerte.

La Compañía, cuerpo de oración eucarística

Como la Compañía no se ha instituido con medios humanos, no puede conservarse ni aumentarse con ellos (Const.812). Es, pues, preciso que sea un cuerpo de oración, y muy especialmente de oración eucarística. De hecho, las Constituciones movilizan a todos los compañeros a que celebren u ofrezcan la Eucaristía: los superiores por su comunidad (Const. 790), los rectores por su colegio (424), los Asistentes por su Asistencia (803), los compañeros por su superior (631), todos por sus hermanos difuntos (598) y por sus bienhechores (310). Y en las grandes ocasiones como lo es la convocación de una Congregación General, el cuerpo entero de la Compañía se reúne en una celebración eucarística para que "cuanto en ella se tratase sea para su mayor servicio y alabanza y gloria" (693). Cuando un cardenal romano, el Cardenal Guidiccioni, contrario a la fundación de todo nuevo instituto religioso, se opone a la aprobación pontificia de la naciente Compañía, Francisco Javier participa, desde su partida de Roma hasta su llegada a la India, en la celebración de toda una serie de misas por el Cardenal (cartas de 18.03.1541, 15.01.1544). Ignacio por su parte nos recuerda que lo que "primeramente" se hará para que se conserve y aumente el buen ser de la Compañía es "la oración asidua y deseosa," una oración eucarística (Const.790).

Los votos *super hostiam*

Un último rasgo de nuestro modo de proceder que podemos recordar es el carácter explícitamente eucarístico de la ceremonia de los votos. Es el resultado de una opción hecha por los primeros jesuitas, contra las ceremonias de votos en uso. La práctica era más bien hacer su profesión "en las manos" del padre abad o bien depositando sobre el altar la profesión escrita. Tanto en Montmartre, donde Pedro Fabro celebró la eucaristía de los votos (15.08.1534), como en Roma, cuando fue Ignacio quien la presidió, los primeros compañeros pronunciaron sus votos "*super hostiam*" como aún lo hacemos hoy.

Esta opción de la Eucaristía para pronunciar los votos conserva toda la riqueza de su significado; y exige que la comunión sea el momento de este intercambio entre las palabras de los votos, confiadas al celebrante de la Eucaristía, y el don eucarístico confiado al que se entrega pronunciando sus votos. Es el Señor quien al darse recibe el deseo del que es "pronto y diligente para cumplir su santísima voluntad" (EE 91) como servidor de la misión de Cristo. Es en la comunión eucarística donde "el mismo Creador y Señor se comunica a la su ánima devota, abrazándola en su amor y alabanza y disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle adelante" (EE 15). Este encuentro de Jesús en el pan y el vino eucarísticos nos

conduce a la comunión con el proyecto del mismo Dios, con el misterio pascual, y de una manera personal, "Él y yo". Por esta "sinergia" eucarística, por este encuentro con el Resucitado, el compañero que comparte este pan es enviado al mundo para anunciar de palabra y obra que "ha resucitado de verdad". Es viviendo existencialmente la "memoria" eucarística cómo la Compañía de Jesús es, en palabras de Francisco Javier, "compañía de amor" (12.01.1549).

Fraternalmente en el Señor,

A handwritten signature in black ink, reading "Peter-Hans Kolvenbach, S.J.", written in a cursive style.

Peter-Hans Kolvenbach, S.J.

Prepósito General

Roma, 15 de febrero de 2006
Fiesta de San Claude La Colombière